

EL DESTOR

Álvaro Acevedo Merlano
Antropólogo
Investigador Grupo Oraloteca
UNIMAGDALENA

Todos los nombres de personas y lugares aquí presentados son hechos ficticios creados por el autor, cualquier parecido con la realidad en verdad es pura coincidencia.

La siguiente es una entrevista que nunca se llevó a cabo, una entrevista que lleva consigo la voz de alguien que nunca existió, aunque también puede que sea la voz de muchos que ya no existen. De cualquier modo, el personaje a continuación nos permitirá, a través de sus recuerdos, acercarnos un poco, y de una forma diferente, a todas esas realidades e historias que se quedaron sepultadas en la amnesia que Colombia sufre desde hace décadas.

LA VOZ DE DANIEL SERRANO.

Recuerdo aún ese día cuando me contaron lo que le pasó a mis primos Aura y Jaime y a sus papás; son de aquellas cosas que no puedes olvidar, aunque verdaderamente creas que no te importen, o más bien, no quieres que te importen. La cosa fue que, hace unos 15 años, cuando en la zona eso estaba puteado de paramilitares, mi primo Jaime vivía en una vereda llamada La gran vía, un lugar muy conocido por los habitantes de la región, por ser un corredor vial muy importante que conecta las carreteras principales del departamento. Bueno, el hecho es que mi primo se crió en esa vereda y de niño jugaba solo con su

MI LLADOR

hermanita Aura dentro de su casa, no lo dejaban salir a la calle por todas esas cosas de inseguridad que había en esos años, eso era como a mediados de los noventa, a mis tíos les daba mucho miedo que mis primitos salieran a jugar a la calle, por eso solo salían para la escuela y de ahí de nuevo para la casa, siempre mi tía Marina los llevaba y los traía todos los días.

El papá de mis primos, mi tío Ramiro, tenía en ese tiempo una pequeña tienda en el garaje de su casa, era un pequeño portón que abría de punta a punta y donde vendía víveres, abarrotes y cosas de esa clase, no era un negocio grande pero les dejaba para pagar las cosas de la casa y el colegio de mis primos. Mi tío era un hombre que se levantaba todas las mañanas a las 5 a. m. para abrir su negocito y trabajaba de largo juiciosamente hasta las 8 p. m. Él decía que trabajar con honestidad siempre sería duro pero gratificante. Todos los comerciantes de la vereda lo conocían y siempre se dieron a conocer como una familia muy unida, ya que mi tía Marina, al mismo tiempo que se encargaba de las cosas del hogar, como cuidar a los niños y hacer las labores domesticas, también ayudaba a mi tío en la tiendecita, que de hecho ese era su nombre, “Mi tiendecita”.

Después de vivir alrededor de unos 10 años tranquilos en esa vereda, en donde juntos mis tíos habían criado a mis primos, las cosas empezaron a cambiar. Comenzaron a oírse rumores sobre unos grupos armados, en esos tiempos desconocidos, que se hacían llamar paramilitares. Se escuchaban chismes de que esos paramilitares habían llegado a limpiar la zona de la influencia guerrillera. Aunque solo habían empezado como simples rumores, solo unos pocos meses después que empezaron a regarse esos chismes, comenzaron a aparecer personas muertas en el basurero del pueblo. Todos los muertos que aparecían, supuestamente eran

informantes de la guerrilla o guerrilleros infiltrados, y aunque en varias ocasiones los muertos eran conocidos, las personas terminaban por justificar los asesinatos, decían que si los mataban era porque algo debían.

Así pasaron los meses, y los muertos seguían apareciendo de uno en uno, diariamente, luego aparecían de dos, tres, cuatro; algunas veces, ya después de que se habían apoderado de la zona, aparecían decenas de muertos cada dos o tres días, ya no solo en el basurero, sino en cualquier parte del pueblo. La gente hablaba de una camioneta que por las noches deambulaba sin placa, y era esa camioneta en donde supuestamente operaban esos paramilitares, supuestamente si alguien era objetivo militar, como ellos les decían, lo montaban en esa camioneta y lo asesinaban. Lo peor del cuento es que luego ya no solo asesinaban a las personas, sino que ya los cuerpos aparecían con marcas de tortura, cuerpos sin uñas, sin ojos, sin dientes, con señales de ácido en los cráneos, sin dedos, etc. La gente decía que ahora los torturaban para que hablaran y delataran a los cómplices. Bueno, así pasaron muchos meses y la gente ya ni salía a las calles por temor a los asesinos, por temor a que los mataran por equivocación, porque hasta eso decían, y como que mataron a varios por equivocación y después los muy descarados pedían dizque disculpas por matar y torturar a los inocentes.

Ya después del primer año, la gente comenzó a acostumbrarse a ellos, ya todo el mundo sabía quiénes eran, pero nadie comentaba nada por temor a ser asesinado. Y ni para decir que la policía no sabía, ellos sabían, incluso, muchos dijeron que varios policías trabajaban en doble jornada, en el día se ponían el uniforme de policías y en la noche trabajaban de civil como paramilitares.



La verdad a mí me cuesta mucho creer que hubiera policías metidos en eso, esa es una de las razones por las que ese cuento me ha dejado un poco inquieto, porque si la policía en verdad estaba involucrada en eso, ¿a quién podía uno acudir? Bueno, la verdad no sé qué tan cierto sea eso, lo cierto es que muchos fueron a los que mataron en ese pueblo.

Después ya no solo mataban a los supuestos guerrilleros, sino que ahora mataban a los gamines, a los locos, a los drogadictos, a las personas que tuvieran tatuaje, a las prostitutas, empezaron a matar a todo aquel, que según ellos fuera una amenaza para la sociedad, eso se llamaba dizque limpieza social, y así con ese cuento de la limpieza social, mataron a mucha gente inocente sin ningún tipo de remordimiento.

Fue en todo ese ambiente de violencia, en donde mis primitos se criaron, aunque mis tíos impedían que salieran a la calle, era inevitable que en la escuela los niños se enteraran de las cosas terribles que ocurrían en el pueblo; además cuando Aura o Jaime llegaban a la tiendecita a acompañar a mis tíos, muchos clientes comentaban sobre el último asesinado, sobre las razones, o sobre cómo y qué tanto lo habían torturado, etc. Y obviamente los niños absorbían constantemente toda esa información y con el tiempo también comenzaron a acostumbrarse a ese ambiente de violencia, a tal punto de naturalizarlo y verlo como algo normal.

Pero la cosa no termina aquí, esto se pone peor, porque después esos grupos comenzaron a pedir apoyo económico a los habitantes del pueblo, en especial a aquellas personas que, como mi tío Ramiro, tenían un negocito. Comenzaron a pedir lo que se llamó la “vacuna”, era una cuota, supuestamente voluntaria que los habitantes del pueblo le otorgaban a estos paramilitares con el fin de colaborar con la seguridad. La manera como eran abordadas las personas para colaborar, parecía más el pago de un impuesto de guerra obligatorio que una colaboración voluntaria, obviamente eso

de voluntario no tenía nada. Esa “vacuna” solía ser bastante alta y en muchas ocasiones los comerciantes se veían en la necesidad de negociar la cuota con la que podían colaborar, y lo peor, aquellos que se negaban a pagarla eran obligados a salir del pueblo, ya que al no colaborar con ellos inmediatamente la persona se convertía en sospechosa, ya que, o estabas con ellos o estabas con los guerrilleros, y si estabas con los guerrilleros eras objetivo militar. Así, a muchos de los habitantes les tocó salir huyendo del pueblo, dejándolo todo atrás, ya que solo eran horas las que les daban a la gente para que saliera, y eso era contar con suerte, porque a la mayoría no le daban ni tiempo, solo los mataban y se apropiaban de sus bienes.

Mi tío era un hombre muy correcto, en el tiempo de la vacuna tenía como 45 años; mi tía más o menos 40 y mis primitos tenían 11 años Jaime, y 12 años Aura. A mi tío Ramiro también le cobraron la “vacuna”. Me cuentan que en esa tarde llegó un hombre en una camioneta, como la que decían que andaba sin placa en las noches, ese hombre llevaba puesto un sombrero vueltiao, una camisa de rayas desabotonada hasta el pecho, jeans, zapatos mocasines y una cache de revolver que le sobresalía del cinturón de su pantalón. Le dijo a mi tío, como dándole una orden, que venía de parte de las autodefensas unidas de Colombia y que le pedía su colaboración para contribuir con la seguridad de la vereda. Mi tío Ramiro lo escuchó atentamente sin mencionar una sola palabra hasta que el hombre terminó, luego mi tío le dijo que no estaba de acuerdo con la forma en la que ellos llevan la seguridad y que infortunadamente no tenía plata para colaborarles.

Aquel hombre después de escuchar esa respuesta, sonrió y sin más, dio media vuelta, entró en la camioneta y arrancó hacia lo profundo del pueblo.

Mi tía Marina no se enteró de lo que había pasado, ya que mi tío mantuvo en secreto eso de la “vacuna”, ninguno creía posible que esos

En ese momento ve a un hombre de estatura media y me cuenta que sintió como si de algún lado lo conociese, luego entró en shock al darse cuenta que ese hombre era uno de los tipos que violó y que mató a mis tíos,

paramilitares fueran a pedirles ya que el negocio era bastante pequeño y mi tío creyó que eso de la “vacuna” había quedado ahí. Sin embargo, dos días después en los momentos en donde mi tío abre su negocito, encontró una carta en el suelo de la tienda que al parecer la habían tirado por debajo del portón la noche anterior, era una carta de parte de las autodefensas. La carta decía que les daban solo 12 horas para salir del pueblo y que si no acataban la orden debían atenerse a las consecuencias.

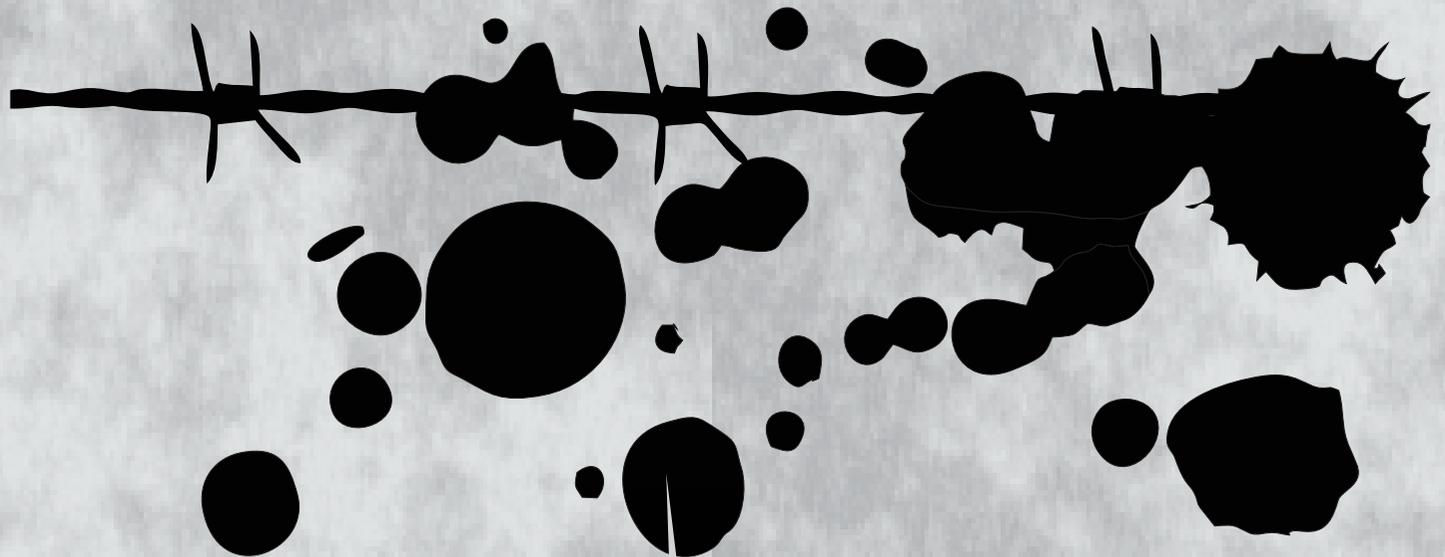
Me dicen que mi tío hizo caso omiso a la carta, la verdad no sé por qué, me imagino que será porque no quería dejar todo por lo que había trabajado tanto. También puede ser que él pensó que esa carta era falsa, que la había tirado algún ladronzuelo con ganas de joder. Bueno, el hecho fue que ese día mi tío abrió su tiendecita como cualquier día normal, trabajó y trabajó hasta las 8 p. m. como siempre, cerró su negocito colocando cuidadosamente los dos candados que le ponía al portón, y aunque trabajó como todos los días, estoy seguro que no dejó de pensar en esa carta.

A eso de las 2 de la mañana suena un fuerte estruendo, inmediatamente mis tíos se levantan a ver que ocasionó el ruido, al salir del cuarto y llegar a la sala son abordados por cinco hombres armados que les apuntan en la cabeza a ambos, indicándoles que se tiren al suelo boca abajo con las manos en la cabeza y gritándoles obscenidades, les decían que si se movían o si no hacían caso, los mataban como a unos perros ahí mismo. Mi tía Marina comenzó a llorar gritando y rogando que no la lastimaran y que no le hicieran daño a los niños. En esos momentos mis primitos salieron del cuarto aún con los ojos medio cerrados y tratando de entender qué es lo que está pasando; al ver a sus papás en el suelo y viendo como los golpean, comenzaron a gritar. Mi tía intenta ir a donde están los niños pero otro hombre la golpea con la cacha de la escopeta que lleva y la tira de nuevo al suelo, un tercer hombre coge a los niños a la fuerza, y mientras ellos lloran los amarra a una silla de frente a donde estaban tirados mis tíos. Mis primitos del nervio y el miedo, se orinaron en sus pijamitas y nunca dejaron de gritar, diciendo que soltaran a su mami y a su papi.

Uno de los hombres, al parecer el líder, dice que por no haber colaborado y por guerrilleros van a pagarlo muy caro. Amarran a mi tío en otra silla frente a los niños, mientras los otros cuatro hombres empiezan a desvestir a mi tía Marina, le pegan muchas bofetadas y puñetazos en la cara mientras la tocan y la violan frente a su esposo y a los niños. La viola el primero, luego el segundo, luego el tercero, luego el cuarto y luego el quinto hombre, ya para el quinto mi tía está muy ensangrentada y con la cara toda desfigurada por los fuertes golpes.

El último hombre en violarla fue el mismo hombre que cobró la “vacuna”. Mi tío Ramiro hasta ese momento solo lloraba y permanecía en silencio, solo recibía los golpes sin entender por qué le pasaba eso, y cuando vio que ese era el mismo hombre que le cobró la vacuna, lo maldijo y le gritaba: maldito, maldito, por qué nos haces esto.

En seguida de que el último hombre terminó de violar a mi tía, le perpetuó cinco tiros en el pecho, luego hizo lo mismo con mi tío Ramiro y dejó a los niños atados. Después de eso solo abandonaron la casa y desaparecieron como llegaron. Varias horas después, la policía llegó y los vecinos ayudaron a reconocer los cuerpos y a ayudar a los niños. Nadie podía creer lo que ahí en esa casa había pasado. Luego llamaron a mi mamá porque era el familiar más cercano que tenían, nosotros en ese tiempo ya vivíamos en la capital pero mi mamá llegó el mismo día al pueblo. Después de todo eso, del sepelio y las



9 noches, mi mamá decidió traer a mis primos a vivir con nosotros.

Así fue como nos criamos juntos, como hermanos. Mi primo Jaime nunca olvidó lo sucedido, nunca hablaba de eso pero a veces me contaba algunas cosas. Mi prima, bueno, ella si nunca dijo nada, pareciera que su mente hubiese borrado por completo ese terrible recuerdo, me imagino que así es mucho mejor ¿Quién querría recordar algo así?

Pero el cuento no termina aquí, porque después de 15 años, como hace un mes, mi primo regresó a uno de los pueblos aledaños a la vereda en donde él vivía y en donde ocurrió ese fatídico suceso. Fue supuestamente a resolver algo relacionado a un registro civil. Llegó a la notaría de ese pueblo a eso de las 9 a. m. y solo hasta la 1 p. m. logró salir con su registro civil. Luego de terminar su diligencia, atraviesa la plaza principal del pueblo mientras se dirige hacia el autobús que debe tomar para regresar a la capital. En ese momento ve a un hombre de estatura media y me cuenta que sintió como si de algún lado lo conociese, luego entró en shock al darse cuenta que ese hombre era uno de los tipos que violó y que mató a mis tíos, él me dice que lo único que se le ocurrió fue preguntarle al ayudante del bus quién era ese man, y el ayudante le dijo que mejor no preguntara quién era ese man porque como que era un viejo gatillero que andaba desde hace rato por ahí.

Entonces, mi primo se bajó del bus, llegó a una tienda que está en frente de la plaza, pidió que le despacharan un destornillador, luego regresó con el destornillador a donde estaba el supuesto matón, y sin más reparo lo abrazó y lo apuñaló quince veces en la barriga con el destornillador que acababa de

comprar. El hombre cae al suelo rodeado de un charco de sangre, mi primo después que lo ve tendido en el suelo, le tira el destornillador en la cara y sin más que hacer, se monta de nuevo al bus y regresó a la casa.

Todas las personas que estaban ahí quedaron pasmadas por lo que acababa de pasar, pero nadie hizo nada por ayudar al matón, ni tampoco detuvieron a mi primo.

La gente dizque quedó mirando un buen rato al muerto tirado en el suelo mientras susurraban que estuvo muy bien lo que ese muchacho había hecho, que ese era un hijueputa, que estuvo muy bien que hubieran matado a ese perro hijueputa. Y cuando la policía llegó, nadie dijo nada, nadie vio nada.

Cuando mi primo llegó a la casa todavía tenía sangre en la camisa y aún estaba en shock, y me dijo que había hecho algo muy malo, pero que ahora se sentía mucho mejor, que había vuelto a vivir y reventó en llanto. Él nunca me dijo nada de lo que estoy contando, lo que sé, me lo dijo mi tía Florencia, lo más raro de todo es que ella siempre decía que los niños que viven la violencia, siempre son los que en el futuro toman la justicia por sus propias manos, la verdad no sé que tan cierto sea eso, pero lo que sí sé, es que ya desde hace tiempo esos asesinos no dejan vivos ni a los niños, me imagino que por temor a las posibles venganzas futuras.

Estos recuerdos de Daniel hablan por sí solos, y aunque esta es una narración ficticia, sí representa muchas de las memorias silenciadas de aquellos colombianos víctimas de la violencia que nunca lograron escapar de las garras de la impunidad. ■